

Clarín 13 de Marzo de 1973

L
O
R
D



CALLAMPA

POR ALLA EN LOS años 46 ó 47 Manuel Rojas ingresó al Partido Socialista Popular —así se llamaba el partido en esos años— y formó parte del Departamento de Cultura y Propaganda, que yo presidía. Lo recibimos, junto a otros intelectuales, en una kermesse que organizamos en el Estadio El Llano, donde estuvo también Alicia Moreau de Justo, la viuda del fundador del socialismo rioplatense y traductor de "El Capital". Hablaba poco, observaba mucho y, de vez en cuando, salía con alguna frase que parecía inocente pero que siempre llevaba un contenido, ya sea punzante, ya risueño, ya, simplemente, lapidario.

Lo perdí de vista, algunos meses después, porque al parecer no se acomodaba a la vida partidaria, que suele ser áspera para quienes no tienen la devoción o la vocación de la política. Un par de años atrás lo tropecé en una Embajada y nos pusimos a conversar en torno a unos canapés y más de un trago. Seguía siendo el hombre sencillo, de pocas palabras, de apariencia modesta, pero cuya vida intensa interior restallaba en

SE INICIARON, entonces, sus columnas delicadas, fluidas, en que se vaciaba su rico temperamento que no había sido dañado por los años, sino que mostraba mayor profundidad. A veces, se me perdía. Unas avisando, y otras sin que yo lo supiera. Dejaban de llegar sus páginas tamaño carta, en papel delgado, cuidadosamente mecanografiadas. No como las de Cástor, que a

ratos es preciso traducirlas de lo parchadas que vienen. Los originales de Rojas eran pulcros, muy ordenaditos y limpios, como la tarea de un buen colegial. De repente reaparecían los artículos en sobres desde La Habana o desde Roma, o llegaba él mismo hasta mi despacho en "La Nación", subiéndome trabajosamente los tres pisos, sin la ayuda del ascensor que pasa malo, porque ése sí que

EL SILENCIOSO MANUEL ROJAS

los gestos, las miradas o los comentarios.

—Me gustaría escribir en CLARIN— me dijo.

No adornaba las cosas, dando explicaciones o abundando en razonamientos. Lo decía todo en forma directa, y para muchos ésa es la manera. Como creo contarme entre ellos, le contesté:

—¿Cuándo quieres empezar, Manuel?

Así se iniciaron las columnas del gran escritor en esta página, y con él hicimos entonces una excepción, que fue la de conservar su nombre en los artículos, pues Darío Sainte Marie tuvo siempre por norma que en la página de redacción se escribiera con seudónimo y que no la invadieran "afuerinos", sino los redactores de planta. Pero Manuel Rojas era un Premio Nacional de Literatura, su nombre prestigiaba a cualquier diario y si París bien vale una misa, Manuel bien valía una excepción a la estricta regla.

está realmente viejo. Aterrizaba en mi oficina acesando, cansadísimo por la subida, se sentaba sin decir palabra, mirándome con sus ojos tranquilos y penetrantes, para después de unos minutos, en que yo seguía escribiendo a máquina a fin de no darme por enterado de su fatiga, iniciar la conversación y recibir sus escritos.

Traía siempre dos o tres juntos, seguramente para

evitarse otros viajes, y yo siempre sentí el placer intelectual de leerlos detenidamente, pues él podía escribir con tiempo por delante, cuidando cada frase y cada giro, dándome la sensación de que era de esos escritores que pulen y cincelan los textos, cualidad que admiro, pues siempre he debido escribir a velocidad supersónica, apremiado por urgencias inaplazables, que son la ley del periodismo y que me han impuesto su fatalidad.

Hace unas semanas se me volvió a perder el huidizo columnista y yo pensé que andaría de nuevo peregrinando por el mundo, aferrado aún a los amores que encienden la buena sangre por encima de las edades y que suelen ser el hilo de todos los relatos. Comenté con el "Gato" Gamboa y con el "Pelado" Arellano su ausencia, y no le dimos mayor importancia porque estábamos acostumbrados a sus misteriosas desapariciones, seguidas de repentinos y tranquilos regresos.

Esta vez la peregrinación sería más larga y el regreso resultaría imposible. Manuel Rojas, el autor de "Hijo de ladrón", el eterno vagabundo que cinceló su vida a través de mil oficios, el melancólico varón que no admitía la ancianidad, se estaba muriendo. Ese acontecimiento casi banal, que no se puede escabullir, que es para cualquier mortal el fin inevitable, le estaba ocurriendo a Manuel y estoy seguro de que él lo analizaba segundo a segundo, lo sometía al escarpelo de su curiosidad aguda y lamentaba no poder usar esos materiales en la novela que ya nunca escribiría.

Se nos ha ido un escritor verdadero, en medio de la pléyade de los que sólo imitan. Un creador auténtico, distinto a la generalidad de los mediocres que invaden la palabra escrita. Y un hombre real, duro, contradictorio, vital, avasallante, parco, cáustico, intensamente atado al deambular de los ríos que van a caer al mar, que es el morir.